PA6083
R6

ES PROPIEDAD.

FONDO ANTIGUO
CALVERDE Y TELLEZ

Madrid: Establecimiento tipográfico de M. Minuesa, Juanelo, 19.

PRÓLOGO.

Escribí ocho años há la introduccion á un libro intitulado *Los Oradores griegos*, obra del propio autor, que dá á luz éste, donde trata de los del Lacio, completando así la publicacion de las lecciones que, sobre la elocuencia antigua, pronunció de 1872 á 73 y de 1873 á 74, en el Ateneo de Madrid. Si dijera el tiempo que, por causa mia, está impreso, y, sin salir á la venta, el presente volúmen, causaria maravilla la paciencia del autor, que realmente pica en heróica; pero aunque sea causante del mal, no me reconozco del todo culpable. Nadie que me conoce estima por el mayor de mis defectos la pereza; y digo en conciencia, que la culpa es solo del atropellado modo de vivir que acá

010046

en Madrid llevamos todos, y muy particularmente los que, por nuestros pecados, tal vez, nos mezclamos en las cosas políticas. Cualquiera dispone de nuestro tiempo, y de lo que hemos de hacer, ó dejar de hacer, menos nosotros mismos.

Por eso, que no por falta de voluntad en mí, es por lo que al público le ha sido imposible aprovechar antes estas lecciones, no menos útiles que las primeras. Difícil era, por supuesto, escojer mejor asunto que el de unas y otras para tratado en el Ateneo, que es donde se empiezan á despertar y poner de manifiesto las aptitudes y aficiones del mayor número de aquellos que se dedican más tarde á la vida pública. Porque la oratoria, ya se sabe, prevalece hoy con mucho entre las artes y ciencias que cultiva el hombre político, no en España sólo, sino en casi todas las naciones cultas, dado que en Europa no hay más que dos que todavía carezcan de tribuna. El foro además, y aun la cátedra, solicitan ya tambien auxilios de la oratoria, para alcanzar mejor sus respectivos fines. ¿Cómo no habian de merecer, por tanto, estas lecciones la atencion de los sócios del Ateneo? ¿Cómo no se ha de haber echado de menos la publicacion de un trabajo que, terminado y conocido desde 1874, no logra ver la luz sino ahora?

No es mucho lo que en el presente volúmen tengo que añadir, á lo que en el prólogo del primero dije, tocante al desempeño general de la materia. Igualmente que en el de los oradores griegos, dá en éste á conocer el autor el estado de las cosas públicas, al tiempo que se pronunciaban los discursos y arengas que por modelos designa á sus lectores. Dentro de los reducidos límites de sus lienzos, ni en uno ni en otro cabia tratar con más amplitud los complicados asuntos de tales cuadros. La exactitud de los detalles, la fisonomía y carácter de las personas, la luz que las alumbra, al presentarse en escena, nada dejan que desear al más descontentadizo crítico, descubriéndose á la legua que ha bebido el autor en las mejores fuentes. Ni como historiador, ni como biógrafo, tocábale ciertamente investigar y hallar verdades nuevas, ó ser grandemente original. Bastábale saber y exponer bien cuanto en cada punto especial los maestros enseñan.

La doctrina de este libro es luego lo que debe ser, segura y clara, y vá á mayor abunda-

miento acompañada de breves, oportunas, discretísimas notas, con que se hace el estudio más provechoso y fácil. Por otra parte, tiene el autor estilo llano y sóbrio, y con todo eso elegante, que ofrece siempre apacible entretenimiento y recreo, al propio tiempo que abrevia el camino á los que quieren ponerse pronto al cabo de las cosas de la oratoria, contentándose con saber compendiosamente cómo y de qué modo entendian la elocuencia, en general, los antiguos. Y en nuestro país pienso yo que tales noticias y enseñanzas deben ser muy apreciadas, pues que el gusto de la elocuencia es grande si hemos de medirlo por la atencion con que se siguen los debates, no ya solo de parte de hombres de toda condicion, sino aún de parte de las más cultas de las mujeres, figurando en no corto número las que con tal de asistir á ciertas sesiones de los Cuerpos Colegisladores se exponen á un calor sofocante, al fastidio de las largas horas de espera, á los chascos frecuentes de no ser precisamente los oradores que desean los que les toca oir, á incomodidades en suma que, dicho sea en honor suyo, soportan allí con tanta paciencia como po-

drian tratándose de brillantes saraos. Ni son el Senado y el Congreso los únicos teatros en que esa noble aficion se manifiesta y campea entre los españoles de uno y otro sexo, que ella dá de sí iguales muestras en los salones estrechísimos de nuestras Academias, ó en el Paraninfo de la Universidad, y no añado que en las Iglesias, por ser obligacion y no divertimiento para las cristianas buenas y los buenos cristianos, el acudir á escuchar la palabra de Dios. De esperar es, pues, que personas á quienes la elocuencia recrea tanto, hojeen algunas veces esta obra, para juzgar con más conocimiento del arte en sí y de sus condiciones propias, y para hacer comparaciones inteligentes entre nuestros modernos oradores y los antiguos.

¿Hay, por ejemplo, quien desea saber cómo se formaban y educaban estos últimos? Pues esparcido por los dos volúmenes de la obra y muy singularmente por este que traigo entre manos, encontrará de seguro, cuanto á tal propósito conviene. Ciceron, Quintiliano y todos los preceptistas clásicos le son al autor familiares; y procura además justificar su ex-

posicion doctrinal con citas de los mejores modelos, cosa que me parece digna de alabar en gran manera. «No lea V. de las retóricas sino los ejemplos,» me dijo á mí un dia el gran Quintana, cuando, pasados los primeros estudios, pero muy jóven aún, sometia yo cada domingo á su juicio y correccion mis tosquísimos ensayos en prosa ó verso. Leccion fué aquella, que entre las muchas que recibí del patriarca venerable, guardo con especial aprecio en la memoria, porque la disposicion natural, para esta ó aquella de las artes, y la contínua contemplacion de los grandes modelos, á no dudar son las alas, con que al fin y al cabo se eleva el artista á las alturas supremas. No quiere esto, sin embargo, decir, ni tanto pretendia de cierto Quintana, que antes de emprender el vuelo oratorio, no sea forzoso preparar y robustecer las peculiares alas del espíritu con las reglas, los preceptos, el caudal de documentos prácticos, técnicos, por la universal experiencia atesorados. Que no de otro modo el que haya de rivalizar con el vuelo mismo de las águilas más tarde, alcanzará préviamente aquel desarrollo de órganos y facultades, que necesita

para su propio servicio, y para cumplir sus excelsos fines.

¡Ah! no: nadie, por ingenio que posea, se puede sustraer del todo al conocimiento, al ensayo, al ejercicio material del arte que profesa, bien que en esta indispensable preparacion corran y adelanten mucho más unos que otros. Y el orador, que en tanto que orador es artista, no ha de infringir una ley, por natural y humana, universal. Oigan, pues, los que se dediquen ahora á hablar en público, cómo por boca de otro resumió Ciceron los preceptos mismos de oratoria, que nuestro autor disemina en las diversas partes de su trabajo.

«No he de negar,» le hace decir, entre amigos, allá en el Túsculo á Lucio Craso, célebre orador latino, «que en un principio como conviene á todo hombre de buena familia y liberalmente educado, aprendí estos preceptos triviales y comunes: primero, que el oficio del orador es decir de una manera acomodada á la persuasion; segundo, que todo discurso es ó de cuestion ilimitada, sin designacion de tiempo ni personas, ó de cuestion limitada á ciertas personas y tiempos. Y que como toda el arte oratoria está

dividida en cinco partes, lo primero que ha de hacer el orador es inventar lo que ha de decir; lo segundo, ordenar lo inventado, y pesarlo y componerlo; lo tercero, vestir y adornar el discurso; lo cuarto, guardarlo en la memoria; lo quinto, recitarlo con dignidad y gracia. Tambien aprendí que en el exordio se debe conciliar el ánimo de los oyentes, y luego hacer la exposicion, establecer la controversia, confirmar nuestro parecer, refutar el del contrario; y en el epílogo, amplificar y poner de bulto todo lo que nos favorece, y debilitar y menoscabar lo que favorezca á nuestros adversarios. Aprendí tambien todo lo que enseñan sobre el ornato del discurso: primero, que se hable con pureza de latinidad; segundo, clara y tersamente; tercero, con elegancia; cuarto, con decoro y segun la dignidad del argumento. Supe los defectos de cada cosa, y ví que querian dar reglas hasta á las cualidades que más dependen de la naturaleza. Sobre la accion y la memoria recibí pocos preceptos, pero luego los fecundé con el ejercicio.» A esto se reducia, con efecto, casi toda la doctrina de los puros retóricos. Y es evidente que Ciceron no muestra hasta aquí mayor respeto que Quin-

tana á las puras reglas, y á la mera retórica, pues que se deleita, como habrá notado el lector, en herir constantemente á los antiguos preceptores latinos ó helénicos con las aceradas puntas de su ironía.

Donde Ciceron dá ya sinceros consejos, y establece verdaderos preceptos, aunque siempre á nombre de Craso, es en esto que sigue:—«A muchos les pierde», escribe, «el haber oido decir que hablando se aprende á hablar, cuando la verdad es que hablando mal es muy fácil conseguir el hablar pésimamente. Y aunque en tales ejercicios es útil muchas veces hablar áun de repente, todavía es más útil tomarse tiempo para pensarlo, y hablar con discrecion y esmero. Y lo principal de todo (aunque, á decir verdad, lo que ménos hacemos, porque huimos de todo gran trabajo) es escribir mucho; la pluma es el mejor y más excelente preceptor y maestro, y no sin razon, pues si el discurso meditado vence á la improvisacion, cuánto más no la vencerá la asídua y diligente escritura. Porque todos los argumentos, todos los recursos oratorios, ya procedan del arte, ya del ingénio y prudencia, se nos presentan y ofrecen cuando afanosa-

mente los buscamos, y con toda la atencion de nuestro espíritu los contemplamos; y todas las sentencias y palabras que son más brillantes en cada género, es necesario que una tras otra pasen por los puntos de la pluma. La misma colocacion y armonía de las palabras no se perfecciona sino escribiendo con cierto número y cadencia, no ciertamente poético, sino oratorio. Esto es lo que arranca aplauso y admiracion para los buenos oradores, y nadie lo conseguirá si no ha escrito mucho y por mucho tiempo, por más que se haya dedicado con todo afan al discurso improvisado. Y el que de escribir pasa á hablar, trae la ventaja de que sus discursos, aunque sean improvisados, parecerán escritos, y si trae algo escrito no presentará discordancia alguna con el resto de la oracion..... En los diarios ejercicios que hacía yo cuando muchacho, solia imitar á aquel Cayo Carbon, enemigo mio, del cual me constaba que para fijar en la memoria algunos versos insignes ó algun notable discurso, repetia lo mismo que habia leido, con otras palabras, las mejores que él podia encontrar. Pero despues noté que eso tenia un inconveniente, y era que las palabras mejores

y más propias y elegantes las habian usado ya Ennio, si me ejercitaba en sus versos, ó Graco si me proponia por modelo sus discursos. El usar las mismas palabras á nada conducia, y emplear otras ménos propias era una dañosa costumbre. Despues me ejercité, durante toda mi juventud, en traducir los mejores discursos de los oradores griegos. Esto tenia la ventaja de que, al poner en latin lo que antes habia leido en griego, no sólo buscaba yo las palabras mejores entre las que usamos, sino que introducia, á modo de imitacion, algunos vocablos nuevos entre nosotros, con tal que fuesen propios. En cuanto á la voz, al aliento, al gesto y ademan del cuerpo, no es tan necesario el arte como el trabajo... Se ha de ejercitar la memoria aprendiendo muchos escritos propios y agenos... De este doméstico y umbrátil ejercicio ha de salir luégo la elocuencia á la arena, al polvo, en medio de los clamores, al campamento y lucha forense. Allí hay que acostumbrarse á todo y hacer prueba de las fuerzas del ingénio, y sacar á luz toda esa doctrina largamente adquirida.» (1)

(1) Hago generalmente uso en estas citas de la traduccion del Sr. Menendez Pelayo de las obras de Ciceron, tomos 1.º y 2.º

La cita es muy extensa, aunque no cabe duda que lo merece por ser de quien es; y nadie dejará de leer este trozo didáctico, sin fruto. Hay en todo él buena doctrina retórica; pero harto se deja aquí entrever, como tambien habrá observado el lector, que Ciceron daba la preferencia misma que daba Quintana sobre los meros preceptos, y las descarnadas reglas, á la contemplacion de los modelos.

Apenas necesito decir ahora, por mi parte, en qué me hallo conforme, que naturalmente es lo más, y en qué difiero algun tanto de las sabias observaciones precedentes. Ya expuse, por ejemplo, en el prólogo al tomo de los oradores griegos, cuanto juzgué necesario acerca de los discursos escritos, aprendidos de memoria y declamados, que es de los que trata Ciceron principalmente, y acerca de la improvisacion oratoria, más indispensable, más frecuente, más útil, sin duda, en nuestras Asambleas modernas, que su rival, aunque por fuerza ménos correcta, y bien ordenada, más pobre en adornos, y de ménos efecto á la lectura. Para mí no es cierto que siempre venza, como Ciceron pretende, el discurso meditado al improvisado, en verdaderos debates, como son los de las modernas Asambleas parlamentarias. Ni tampoco pienso que la composicion del discurso deba ser tan exacta, y medida, como la de un libro; antes estimo que la repeticion de los conceptos y la amplificacion en las frases, contribuyen mucho á producir el efecto que se desea, fijando las cosas profundamente en el ánimo del que escucha: cosa que la extricta prosa no alcanza en tanto grado jamás. No hay para qué decir dos veces, ni de dos diferentes maneras en un libro que se ha de leer á solas, y reposadamente, lo que se necesite que comprenda el lector, ya que éste puede repetir la lectura de cada página cuanto quiera. Pero en la rapidez con que corre la oracion hablada, entre los rumores varios é inevitables, que el imperceptible movimiento y la respiracion misma de los oyentes bastaria para hacer sensibles, cuanto más la expresion de las encontradas emociones, que el debate suscita naturalmente, muchos conceptos, los más importantes quizá, quedarian oscuros ó inadvertidos, si no se les paseara una y otra vez por las orejas del auditorio. Ni es esta sola la diferencia esencial entre lo hablado y lo escrito, en mi concepto.

Pierden tambien claridad con ser muy largos, en la prosa escrita y luego leida, los períodos, porque ni los signos ortográficos, ni la puntuacion más esmerada, bastan para distribuir bien las frases; pero el orador que acentúa y puntúa las más veces con el gesto, con el movimiento de los brazos, del cuerpo mismo, y con las inflexiones de la voz, se encuentra en mucho más favorables condiciones para formar períodos extensísimos, y frecuentemente saca de su empleo grandes efectos. El exajerado esmero de la frase hablada quítale naturalidad, por otra parte, y hasta enfría, y acaba por fatigar á los que oyen, nunca acostumbrados á que así se hable entre hombres y hombres.

Por último: dije ya en mi prólogo precedente que el orador venía á ser á modo de un autor dramático, que componía y representaba su propia obra, y ahora añado, que este género de drama consiste no en monólogos, sino en verdaderos diálogos del orador con su público; diálogos en que sólo se oye la voz articulada del primero, pero en el cual es indispensable que tambien tome parte el otro, con sus mil voces interiores, las cuales de seguro contestan á quien

sabe preguntar, ya con aprobacion, ya con desaprobacion, ya con entusiasmo, ya con cólera. Y desgraciado de aquel de quien se pueda decir que habla solo, aunque por cualquiera otro motivo, que no sea el de enterarse de lo que dice, permanezca á su alrededor mucha gente. Tales diálogos se establecen y mantienen por medio de misteriosas, magnéticas corrientes, y la mayor cualidad del orador es quizá, la de tener finísima sensibilidad de órganos para percibir lo que, mientras habla, dicen como para sí, pero en secreta discusion con él sus oyentes.

Siendo hasta tal punto el discurso un género de poema dramático, claro es que no le bastan las gracias ó elegancias de la expresion para conmover, interesar, producir, por fin, el objeto apetecido, sino que todavía más que eso necesita exposicion adecuada y clara; accion fecunda, varia, creciente, viva; desenlace que deje honda impresion cuando no grande enseñanza en el auditorio. Todo, en resúmen, entre el arte oratorio y el dramático es semejante: hasta la condicion que años hace he expuesto yo, y distintas veces, de necesitar á toda costa el éxito uno y otro; y el éxito inmediato, sin serles dado apla-

zarlo para la posteridad, cual cabe en distinto género de obras intelectuales. Los autores y pensadores en general pueden, y deben si pueden, adelantarse á su siglo, sobreponerse á sus contemporáneos, producir obras que el público de su tiempo no merezca, para recreo y encanto de diferente edad, más ó ménos remota; pero el que convoca á un teatro, ó al pié de una tribuna al público, lo primero que tiene que hacer es no tenerlo, ni reunirlo allí en vano. Lejos de eso, está en la obligacion de hablar en forma que él comprenda, y de explicarle las cosas por modo tal que lleguen fácilmente á su alcance; sin lo cual, comete una falta digna de cualquier acompañamiento de silbidos, por desaforados que sean. Esto poco que mi larga práctica me ha enseñado, se puede, si parece bien, añadir á las observaciones infinitamente más importantes de Ciceron, mas no contraponerlo á ellas, que en nada esencial le contradigo, y áun es cosa corta lo que de él me aparta; quedándole además á mis lectores el natural derecho de dar por no escrito aquello, en que realmente se separe mi juicio sobre puntos que estimen graves, del de tan incomparable orador.

Por otro lado, son los tiempos tan diferentes que tampoco seria muy extraño que, la oratoria de ahora, por fuerza tuviese que diferenciarse de la antigua en ciertas cosas. Ya, por ejemplo, no se suelen llevar los debates como en apelacion, del Senado al Foro, ó sea de los Cuerpos Colegisladores á la plaza pública, encaminando la oracion á convencer, y regir todo un pueblo, investido de los caractéres de juez ó legislador. Nadie habla ya á muchos miles de personas bajo techado, ó fuera de techado, sino estando seguro de que aquel concurso no va á deliberar, y resolver, sobre nada, sino á oirle y aplaudirle, como reunion más ó menos vasta de amigos. Cuando llegan las verdaderas circunstancias de que delibere y resuelva reunido todo un pueblo, la mayoría, ó siquiera gran parte de él, no hay ya ocasion de lucir, por lo comun, primores ciceronianos; que de cierto anda vecina, y mucho más adecuada, más eficaz, hasta más grande en sus expansiones peligrosas que la oratoria, la fuerza bruta. Algunos cantones suizos podrian ser excepcion de esta regla, si en aquella libre tierra se cultivara, que no se cultiva como arte, la elocuencia. La verdad es,

en tanto, que el poder real y efectivo de la palabra humana no pasa de ser por su naturaleza limitadísimo, y hartas veces contrista á los que más lo poseen ó lo emplean más, la triste figura que hace comparado con el que la fuerza alcanza fácilmente. Tales desaforados sectarios, á quienes no costaria trabajo alguno someter por la via de las armas, jamás se dan por vencidos de la oratoria, aunque ella los confunda con la evidencia. Pero no siempre se debaten por dicha entre los hombres cuestiones tales que no den espera y lugar á ser resueltas pacífica y parlamentariamente, lo cual deja aun hoy espacio á la elocuencia para lograr en más estrechos teatros sus modestas victorias.

De todos modos, es preciso reconocer, que lejos de tirar siempre á contener ó reprimir la violencia, evitando todo lo posible el que esta intervenga en los negocios humanos, se emplea sobradas veces la oratoria en precipitarla; y suele alcanzar entonces sus más grandes y notorios, aunque menos honrosos triunfos. Llevar entre los hombres la voz de los intereses, de los ódios, de las pasiones desordenadas, en fin, fácil cosa es siempre, y no se necesita, en verdad, ni

el génio del verdadero orador, ni muy esquisito arte retórico para ejecutarlo. Por eso no acertó Ciceron mismo á conmover y persuadir á sus asesinos, y, cada dia vemos, en cambio, que entre partidarios y amigos es ó parece elocuente cualquiera. Pero el arte oratorio que el Sr. Roda ha querido enseñar con sus lecciones, y que á ningun otro cede en importancia y belleza, nada tiene que ver con el mísero talento empleado en el mal. Entre enemigos, y todavía más si están apasionados, y alardean de injustos; contra los intereses, las opiniones y los furores de los amigos ó los contrarios, descubre y ostenta realmente la palabra hablada su propio, legítimo poder. Y para alcanzar tales fines es noble, nobilísimo, emplear, que no de otra suerte, los secretos y el prestigio del arte oratorio.

Mas no acabaria nunca si me dejase llevar de mi aficion á estas cosas, y en vez de prólogo escribiria otro libro, empresa para la cual nunca tengo tiempo. Voy, pues, á concluir, y antes quiero volver á hablar algo del autor de esta obra, ya que en el primero de los dos volúmenes traté tanto de su persona. Mucho, en verdad, han cambiado las cosas, no menos para él que

para todos, desde aquella sazon. Los que me leyeran entonces, bien puede ser que recuerden aún las vehementes y dolorosas frases que me inspiró el propósito, ya evidente en el señor Roda, de dedicarse más tarde ó más temprano á la vida pública. Era ya yo harto viejo de experiencia, aunque en años no lo fuera todavía; y, por lo mismo que conocia bien el camino que el jóven, laborioso y entusiasta profesor emprendia, no quise tomar sobre mi conciencia el animarle á seguirlo, que, gracias á Dios, nunca he dado consejo de cuya bondad no estuviera cierto. Todavía, menos que en ningun otro tiempo, podia entonces interrumpir este ordinario proceder mio, porque, bien sabido es, que el espectáculo que España presentaba era para afligir hondamente cualquier ánimo no ofuscado por el choque sangriento de las doctrinas, los intereses y las pasiones, que contendian, sin reparar en el desquiciamiento general. Y eso que no era yo, por fortuna, de los que solo á la sazon, veian tinieblas, así como por lo presente, en lo venidero: de ello han dado despues los sucesos alguna prueba. Tampoco era de los descorazonados, ni de los ofuscados seguramente.

Pero, al estímulo de la indignacion, ni pudo ni acaso quiso resistir mi pluma, y hay, en aquel primer prólogo, ardientes frases que hoy tengo por justas aún; pero que no seria oportuno repetir. Lo más de lo que por aquel tiempo se apetecia, con doliente y vivo anhelo, no hay hoy que buscarlo, porque se posee ya, y basta, de aquí adelante, con no dejar que se pierda.

Mas de todas suertes, ni entonces ni despues me ha parecido á mí bastante buena la carrera política para aconsejarla á nadie, y no se la aconsejé, con efecto, al Sr. Roda. No sin razon temo que el recuerdo de aquel prólogo de 1874, que desde dicha fecha no he vuelto á leer, sino ahora, me aparte más de lo conveniente de mi propósito, y quiero á mí propio recordarme, que me debo ceñir á señalar, con brevedad suma, los pasos que ha andado el autor en la carrera que, al dar á luz su primer tomo, no habia comenzado todavía. Diputado durante las primeras y segundas Córtes convocadas despues de la restauracion de la Monarquía hereditaria y constitucional en España, los largos y concienzudos estudios sobre la oratoria antigua, que este volúmen y su predecesor suponen, dieron bien

pronto de sí los sabrosos frutos que eran de esperar. Con eso y todo, debió nuestro autor medir muy pronto la distancia enorme, que en este mundo suele haber entre el entusiamo de la imaginacion, y la realidad fria. Quizá no encuentre ya hoy tan descaminadas las desconsoladoras advertencias que oyó al principiar su carrera, de los que la comenzaron antes que él, y que antes, por eso mismo, recogieron el mal fruto. Quizá lo que juzgó un dia exagerado en la experiencia agena, parézcale ya tibio, contemplado en la propia experiencia.

Y, sin embargo, le ha dado asistir la Providencia, no ya como simple testigo, sino como laborioso actor, á uno de los más consoladores espectáculos de nuestra historia, á la restauracion incruenta, generosa, resplandeciente en esperanzas patrióticas, de la antigua Monarquía nacional. Durante ese gran período histórico, su palabra correcta, sonora, metódica, estética, ha resonado en debates altísimos, donde se ventilaban los intereses más caros de la pátria. Bajo el Trono, que con su voz y sus votos ayudaba á reorganizar y consolidar, al lado de aquellos, con quienes le unía desinteresada y espontánea

comunion de principios, y sentimientos, delante de adversarios por la palabra potentísimos, hasta el punto de recordar á veces en la tribuna española, las grandes voces de Atenas y Roma, el Sr. Roda ha comenzado y realizado ya, buena parte de su vida política y en circunstancias, por lo favorables, desacostumbradas. Ni de ellas, ni de su personal éxito debe de estar descontento. Como él comenzó, pocos han comenzado hasta ahora. Correrá el tiempo, y á él, que no puede estar gravemente herido aún por los desengaños; á él, á quien todavía no ha podido alcanzarle la saciedad del éxito, que tanto cuesta conseguir; á él, que no ha llegado á la cima del monte, donde á todo otro placer suele sobreponerse el del descanso que reclaman los trabajos de la subida, y donde se lamenta casi siempre, el desengaño de las vistas logradas desde la altura, por ser de todos modos limitadísimas; á él, que no ha de comprender el cansancio de otros, hasta que experimente su propio é individual cansancio; á él, sin duda, se le ofrecerán todavía nuevas campañas que seguir, otras batallas en que pelear, ocasiones diferentes de ser vencido ó vencer, con ó sin gloria. Pero

el campeon está ya armado de todas armas, y si por lo pasado ha de juzgarse de lo futuro, quedará siempre como bueno en los trances que le depare la suerte. ¿Qué más se puede pedir ni querer? Por ventura, ¿depende lo demás de él, ni de persona alguna?

Quizá no esté todavía satisfecho del estado de nuestras cosas públicas, á pesar de ser tan superior al que tenian cuando dió su primer tomo á la estampa. Pero ¡qué remedio!: nadie nace en el siglo, nadie en la nacion, nadie en las circunstancias que quisiera. Tanto como vencer vale despues de todo el demostrar que, dada la ocasion, se hubiera merecido la victoria. Si esta, en cambio, no se logra por los propios hechos, sino por fortuita alianza con las circunstancias, ¿qué ánimo, verdaderamente grande, se ha de lisongear con hojas de laurel artificiales? Todo es igual en la vida, y puede ser indiferente, menos la propia conciencia, ó el merecimiento propio. Adelante, pues, y sirvan estas atropelladas reflexiones de estímulo á los que, como Roda, tengan todavía que hacer por este mundo largo camino. Puede muy bien ser que pequen de inútiles para él y para todos; pero, ¿qué hombre con canas no se venga algun tanto de los que no las tienen, sermoneándoles cuando le viene á mano, aunque no sea más que por descargar sobre espaldas agenas, alguna parte del peso de la vida propia? Lo que en conclusion, digo yo, es que conviene vivir, luchar, dar cada cual á la familia, á la pátria, á la humanidad cuanto pueda, mas sin atender al premio. Que si todo mortal lograra aquí lo que merece, ¿para qué haria falta el concepto de otra vida mejor?

Marzo de 1883.

A. Cánovas del Castillo.